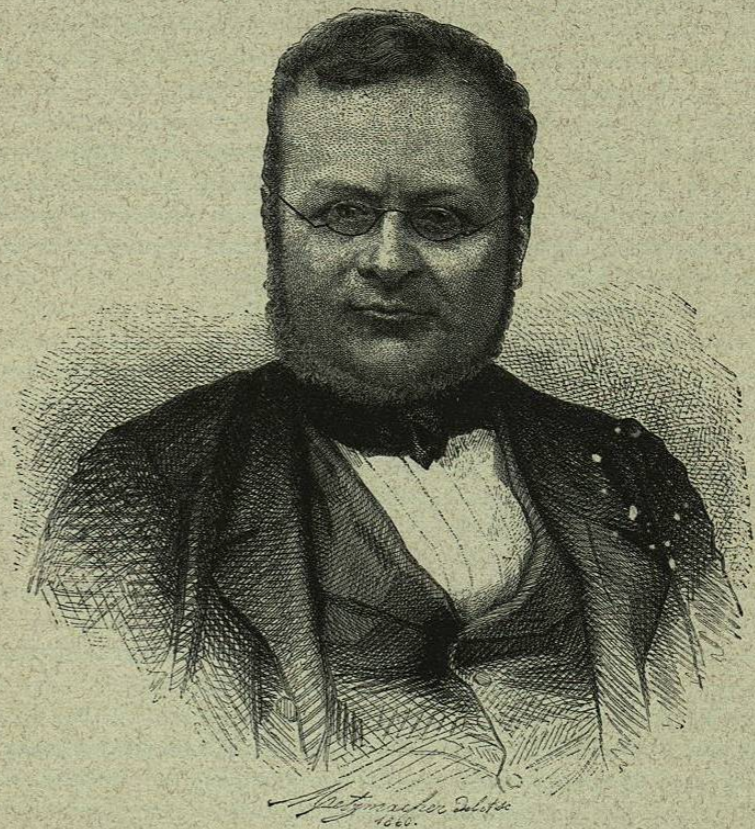


El 29 de junio de 1858, el emperador, dejando á la emperatriz y al príncipe imperial en Saint-Cloud, partió para Plombières, acompañado del general de Beville, uno de sus ayudantes de campo, del capitán de La Tour d'Auvergne, uno de sus oficiales de órdenes, y de M. Mocquard, jefe de su gabinete. En aquella pequeña ciudad de los Vosgos tuvo con el conde de Cavour una conferencia á la que el público no dió importancia: pasó casi inadvertida, y sin embargo, de resultas de ella se iban á cambiar muchas cosas en Europa. Antes de referirla, echemos una rápida ojeada sobre los antecedentes y el papel de aquel hombre de Estado piamontés.

Camilo Benso, conde de Cavour, nació en Turín el 10 de agosto de 1810. Por su padre era piamontés y por su madre de origen francés; por su abuela paterna era oriundo de Suiza y de Saboya. Su familia se envanecía de tener cierto parentesco con San Francisco de Sales. El joven Cavour hizo buenos estudios científicos en la escuela militar de Turín y se le eligió entre los cadetes para ingresar en el cuerpo de pajes. Agregado en calidad de tal á la casa del príncipe de Carignán, el futuro rey Carlos Alberto, mostró desde su infancia un orgullo y una independencia que no convenían á un paje, por lo cual tuvo que salir de la casa del príncipe, á quien desagradaba. Oficial de ingenieros á los diez y seis años de edad, estaba de guarnición en Génova cuando estalló la revolución francesa de 1830, y se mostró partidario caluroso de aquella revolución que excitaba en la corte de Turín reprobación general. Carlos Alberto subió al trono en 1831: desconfiaba ya del joven oficial, del cual dijo algún tiempo después: «Es uno de los hombres más peligrosos de mi reino,» y le envió á tomar parte en las obras de defensa del fuerte de Bard. Cavour lo consideró como un castigo, y á los seis meses pidió su licencia y se retiró á la vida privada. Para ocupar en algo su actividad, tomó la dirección de una de las posesiones de su padre, la de Leri, cerca de Vercelli, y se dedicó con ahinco á la industria y á la agricultura, criando ganados, cultivando remolacha, estudiando todo lo nuevo, como gas, fabricación de abonos químicos, bancos de descuento, y especulando con arroz, trigo y maíz, innovador en el terreno económico como algún día llegaría á serlo en un terreno mucho más vasto. Así reunió una gran fortuna, merced á la cual pudo fundar en 1847 el periódico *Il Risorgimento*.

Durante el largo período de su alejamiento de la política, hizo Cavour muchos viajes á Suiza, Inglaterra y Francia. Sus relaciones con el barón de Barrante, ministro del rey Luis Felipe en Turín, y con el conde de Haussonville, secretario de la legación, le dieron acceso á los principales salones de París, especialmente á los del duque de Broglie, de Mme. de Circourt y de Mme. de



El conde de Cavour

Castellane, y como hablaba el francés mejor que el italiano, fué muy bien acogido. Entonces decía que era partidario del justo medio y se asociaba á las ideas del duque de Broglie, del conde Molé y de M. Guizot. Profesaba culto á Inglaterra, pero un secreto instinto le hacía presentir que esta nación jamás favorecería formalmente la causa italiana. «Soy gran admirador de los ingleses, escribía á la sazón; siento verdadera simpatía por ese pueblo, porque le considero como la vanguardia de la civilización; pero su política no me inspira la más leve confianza. Cuando le veo alargar una mano á Metternich y con la

otra excitar á los ultra-radicales en Portugal, España y Grecia, confieso que no me siento inclinado á creer en su honradez política.» Tenía el presentimiento de que su país no podría contar más que con Francia.

Las revoluciones italianas de 1848 desconcertaron al pronto á Cavour. Censuraba por intempestivas y peligrosas las provocaciones al Austria y no creía en el programa de *l'Italia fara da se*. Elegido diputado en junio de 1848 por tres circunscripciones, tomó asiento en la Cámara entre los moderados. En octubre de 1850 formó parte del gabinete presidido por M. d'Azeglio como ministro de Agricultura, Comercio y Marina. El rey Víctor Manuel vacilaba al principio á nombrarle. «Tenedlo muy presente, dijo á sus ministros: ese os tomará todas vuestras carteras.» Su actividad devoradora, sus brillantes triunfos en la tribuna, su asombrosa resistencia para el trabajo, su carácter, mezcla curiosa de flexibilidad y de energía, de prudencia y de audacia, no tardaron en asegurarle una influencia preponderante. En abril de 1851 agregó á sus tres carteras la de Hacienda y cimentó la prosperidad material del país antes de lanzarse en las aventuras.

Se puede considerar á M. de Cavour como el creador de la *Cuestión de Italia*. Tomando como doble palanca la libertad comercial y la libertad política, organizó, gracias á los periódicos y á los refugiados establecidos en Turín, un sistema de propaganda sin tregua. Pero no ignoraba que los revolucionarios no harían nada por sí mismos, y que sin el auxilio armado de una gran potencia, el Piamonte se vería siempre en la imposibilidad absoluta de libentar á Milán y á Venecia. Un solo hombre quería y podía ayudarle á cumplir esta misión: Napoleón III.

Entre el emperador y el ministro piamontés había grandes analogías. Apóstoles convencidos del libre cambio y del principio de las nacionalidades, ambos perseguían su objeto con tenacidad inflexible. Uno y otro creían en el poder de la prensa mucho más que en el de la tribuna. Escenógrafos de primer orden, sobresalían en el arte de dirigir la opinión y de influir en ella, se valían de agentes secretos y tenían siempre, junto á la política oficial, una política oculta. Poseían el genio de la conspiración con un temperamento de jugadores. Napoleón III y el conde de Cavour no habrían hecho nada contra el Austria el uno sin el otro.

Únicamente á causa de Napoleón III el ministro piamontés decidió á Víctor Manuel á enviar tropas á Crimea. A primera vista parecía más que extraña esta resolución, pues no se comprendía qué agravio podía tener el pequeño Piamonte contra la gran Rusia, que no le amenazaba en modo alguno.

La política del conde de Cavour no tenía más que una disculpa, el deseo de plantear después de la guerra la *Cuestión de Italia* ante un Congreso.

El hombre de Estado piamontés tenía desde aquella época el propósito de crear la unidad política de la península? Uno de nuestros diplomáticos más al corriente de los asuntos italianos, el conde Benedetti, no lo cree. En un magis-

tral estudio titulado *El conde de Cavour y el príncipe de Bismarck* ha dicho: «Es cosa corriente atribuir cálculos y una presciencia que no son atributo de la naturaleza humana á los hombres cuyo genio ha dominado los caprichos de la fortuna. El estudio reflexivo de los hechos y de los sentimientos del conde de Cavour en la época de su vida á que hemos llegado (1856) induce á creer que su único objetivo era entonces la emancipación del Norte de Italia: el estado de Europa y aun el de Italia no permitían que se tuviera otro: ni él había concebido otro deseo desde su entrada en la vida pública. Era tan poco lo que presentía que pudiera haber una fusión de todas las regiones italianas, que hasta entonces no había ideado y expuesto más que combinaciones exclusivas de toda unidad. Durante su estancia en París cuando la reunión del Congreso sugirió muchas, especialmente en una nota entregada á los plenipotenciarios de Francia y de Inglaterra, todas las cuales se avenían con el estado territorial de la península tal como era en aquella época y aun garantizaban su mantenimiento.» Cuanto á Napoleón III, estamos persuadidos de que en 1856 ni siquiera pensaba en la unidad italiana: entonces sólo le preocupaba la idea de arrancar la Lombardía y el Véneto al dominio austriaco y hacerse pagar su auxilio armado con la adquisición de Saboya.

Desde su llegada á París M. de Cavour conoció que podía contar absolutamente con el emperador. El 21 de febrero comió en las Tullerías en una especie de intimidad que no se dispensaba á los plenipotenciarios de Austria. La víspera había escrito al caballero Cibrario acerca de una gran dama, célebre por su belleza: «Os advierto que alisto en la filas de la diplomacia á la hermosa condesa, induciéndola á coquetear con el emperador y á seducirle si es preciso.» El 22 de febrero fué á visitarle un confidente íntimo de Napoleón III, el doctor Conneau, el cual le dijo que estaba autorizado para servir de medianero en toda comunicación secreta que los sardos creyeran oportuno hacer llegar á las Tullerías. A los pocos días supo que M. Mocquard, secretario del emperador, había recomendado á los corresponsales parisienses de muchos periódicos ingleses que abogaran por la causa del Piamonte. Cavour no consiguió más resultado que plantear sin resolverla la cuestión de Italia ante el Congreso. Había plantado un jalón; esto le bastaba por el momento, y se llevaba á Turín esta idea que Napoleón III le había dado al recibirle en audiencia de despedida: «Ahora no puedo entrar en un conflicto con Austria; pero tranquilizaos, porque tengo el presentimiento de que la paz actual no ha de durar mucho tiempo.»

Cavour se tranquilizó, en efecto, y desde aquel día fué preparando la guerra, con la convicción íntima de que estallaría muy en breve y de que el emperador se aliaría para ella con Víctor Manuel. El 15 de enero de 1857 decía en la tribuna: «En tiempo de Macaulay ó de lord Byron se consideraba á Italia como una hermosa mujer oprimida por un esposo bárbaro y tiránico, pero llamada á opresión eterna, tan inepta parecía para gobernarse á sí misma. Pero hoy no sucede ya así, é Italia marcha á grandes pasos hacia la independencia y la liber-

tad.» Los periódicos democráticos de París apoyaban la política de Cavour. En el *Siècle* del 14 de enero de 1857 se leían estas curiosas palabras: «¡Que el Piamonte llegue á ser una potencia fuertemente organizada para contener la ambición de Alemania!» El 17 de agosto, el marqués de Villamarina, ministro de Cerdeña en París, escribía que Napoleón III se mostraba dispuesto á sostener por todos los medios posibles al gobierno del rey Víctor Manuel.

El Piamonte estaba cubierto de vías férreas; en la Spezzia se había creado un magnífico puerto militar, se había perforado el monte Cenis como para abrir un paso constantemente accesible á las tropas francesas que algún día cruzarían los Alpes para acudir en socorro de los italianos. La inauguración del ferrocarril que enlaza á Francia con Saboya se verificó el 31 de agosto de 1851. El príncipe Napoleón asistió á ella, y en Modane, al pie de las estribaciones del monte Cenis, encontró al rey Víctor Manuel y al conde de Cavour. Allí debía desembocar, por el lado de Saboya, un túnel de doce kilómetros. El rey y el príncipe prendieron fuego á varias minas por medio de un hilo eléctrico, y marcaron con una grieta abierta en el flanco de la montaña el camino que la industria humana debía abrirse en sus profundidades. En seguida marcharon á Chambery, donde asistieron á una comida de ciento cincuenta cubiertos en la que figuraban también el arzobispo y el mariscal Pelissier. Oíanse resonar los gritos de ¡viva el rey!, ¡viva el emperador! El rey quiso acompañar á su huésped á la orilla francesa, y el vapor real arribó á Culoz. Quizás pensara ya el príncipe Napoleón en ser yerno del rey Víctor Manuel.

Pero las simpatías de Napoleón III por la causa italiana no pasaban aún de platónicas. Cuando la entrevista de Stuttgart, había observado que el tsar Alejandro II no era favorable al Austria, pero que sostenía enérgicamente al rey de Nápoles. Una política revolucionaria en Italia no podía tener la aprobación del gobierno ruso. El conde de Cavour se veía, pues, obligado á moderar sus pretensiones y á disimular la mayor parte de su programa.

Hemos visto ya que el atentado del 14 de enero de 1853, que por un instante estuvo á punto de comprometer la alianza de Francia y del Piamonte, tuvo por resultado darla mayor solidez y precipitar los acontecimientos. Cuando la *Gaceta oficial* del reino publicó el 31 de marzo en Turín las dos cartas escritas por Orsini, una en Mazás y otra en la Roqueta, y en las cuales éste, antes de subir al cadalso, dirigía un llamamiento supremo al emperador en favor de la causa italiana, todo el mundo creyó que semejante publicación, amenaza evidente contra el Austria, no podía haberla hecho el gobierno piamontés sin el asentimiento de Napoleón III. De todos modos, las esperanzas del conde de Cavour eran aún muy vagas, y no adquirieron un carácter preciso hasta el acuerdo que medió entre él y el emperador en la entrevista de Plombières.

## XXVI

## PLOMBIÈRES

Lo mismo que Luis XV, Napoleón III tuvo siempre, junto á su diplomacia oficial, una diplomacia oculta que á menudo estaba opuesta á la primera. Lo mismo que Luis XV, empleaba agentes desconocidos, medianeros misteriosos. Hubo el *secreto del emperador*, como en otro tiempo hubo el *secreto del rey*. El ministerio de Negocios extranjeros no era con frecuencia más que una gran fachada detrás de la cual ocurrían las cosas importantes que los mismos ministros ignoraban. Cuando la guerra de Crimea y las conferencias de Viena, Napoleón III estaba en completo disenso con M. Drouyn de Lhuys en el momento en que parecía más de acuerdo con él: el monarca quería la continuación de la guerra y el ministro deseaba ponerla término. Asimismo puede decirse que el emperador preparó la guerra de Italia sin que lo supiera el conde Walewski y contra la opinión de este jefe oficial de la diplomacia imperial. Con frecuencia los periódicos oficiosos representaban las ideas, no del emperador, sino de sus ministros, y á veces había que buscar en los considerados por el público como de oposición, *Le Siècle* por ejemplo, el pensamiento oculto del monarca. Lo propio que en el reinado de Luis XV, los ministros desconfiaban de su señor y temían verse desairados en el momento mismo en que creían gozar de toda su confianza y merecer toda su aprobación.

El conde Walewski era adversario declarado de las ideas del conde de Cavour, y durante el ministerio del primero obtuvo el segundo todos los estímulos del emperador y aprestó, de concierto con él, la guerra de 1859.

A fines del mes de mayo de 1858, el doctor Conneau llevó á Turín una misión enteramente secreta. La posición del doctor era en apariencia modesta, pero en el fondo, no tan sólo era el médico, sino también el confidente íntimo del emperador, del que no se había separado desde la muerte de la reina Hortensia, y estaba más al corriente que los ministros de los secretos de la diplomacia imperial y de los pensamientos ocultos del soberano. Vió al rey Víctor Manuel y al conde de Cavour, y después de confirmar las simpatías de Napoleón III á la corte de Turín, dijo que el emperador se proponía pasar el mes de julio en Plombières y que le gustaría ver allí al primer ministro piamontés. Cavour contestó que también él tenía la intención de ir á Suiza con objeto de descansar de sus tareas, y que desde allí iría á ofrecer sus respetos á S. M., si el emperador le autorizaba para ello.

El 19 de junio el conde de Cavour escribía al marqués de Villamarina: «Estoy impaciente por saber si el emperador confirmará las insinuaciones de Conneau, haciendo que se me invite para ir á verle á Plombières.» Y añadía para vigorizar sus esperanzas: «Walewski y la mayoría de los agentes políticos de Francia no representan más que pequeñas pasiones y en modo alguno las grandes ideas que el emperador abriga en su mente.»

Cuando el 14 de julio el hombre de Estado piamontés se puso en camino para Suiza, aún no había recibido la confirmación de las insinuaciones del conde de Cavour. Rodeándose de un profundo misterio, se proveyó, por lo que pudiera suceder, de dos pasaportes, uno á nombre del «conde de Cavour, presidente del Consejo,» y otro al de «Giuseppe Benso, que iba de Suiza á Francia.» Antes de salir de Turín había escrito á la condesa de Circourt, que le invitaba á ir á verla á Bongival: «Si fuese á Francia en este momento, daría motivo para toda clase de comentarios. Iré á Suiza á respirar el aire puro de las montañas. Me propongo detenerme unos cuantos días en Pressinge; no se supondrá que conspiro con mis buenos amigos, los de la Rive, contra la paz del mundo.» En Ginebra el viajero supo la noticia esperada por él con tanta impaciencia; recibió una carta del general de Beville, ayudante de campo del emperador, anunciándole que S. M. desearía verle en Plombières. «Se aproxima el desenlace del drama, escribió entonces el conde de Cavour á su amigo, confidente y colega, el general La Marmora; ruego al cielo que me inspire para que no cometa una torpeza en estos momentos. A pesar de mi confianza ordinaria, no dejo de estar muy inquieto.»

El conde de Cavour llegó á Plombières el 20 de julio por la noche. Al día siguiente, á las once de la mañana, fué recibido por el emperador.

¿No es curioso comprobar lo rápidamente que descubre hoy las cosas más secretas la historia contemporánea? Poco han tardado en ser revelados los misterios de la entrevista de Plombières, habiéndose conocido los preliminares por las cartas del hombre de Estado piamontés: *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*. Por lo que se refiere á la entrevista, se han sabido sus menores detalles por la publicación del informe que envió el 24 de julio el rey Víctor Manuel y que vamos á analizar.

Napoleón III empezó la conversación con Cavour diciéndole que estaría dispuesto á apoyar al Piamonte en una guerra con el Austria con la doble condición de que la lucha no tuviera un carácter revolucionario y de que pudiera cohonestarse con un pretexto plausible en concepto de la diplomacia. El ministro piamontés alegó la inobservancia por parte de Austria de los tratados de comercio y la extensión abusiva de su poderío en los ducados y en las Romañas; al emperador le pareció el primer pretexto insuficiente, en cuanto al segundo dijo: «Mientras mis tropas estén en Roma, no puedo exigir que Austria retire las suyas de Ancona y de Bolonia. Debo respetar á Roma á causa de los católicos, y á Nápoles á causa del tsar, que ha formado empeño en

proteger al rey Fernando. — Pues bien, dijo el conde de Cavour, dejemos Roma al Papa y Nápoles á sus príncipes: bastará que se permita á los romañoles sublevarse y que se deje hacer lo mismo á los súbditos del rey Fernando el día en que les plazca sacudir su yugo.»

Los dos interlocutores examinaron en seguida la situación del ducado de Módena, cuyo soberano era el más intransigente de todos los príncipes y en el que la propaganda piamontesa, ya muy activa, podría hacer brotar la chispa deseada. A continuación de considerar la eventualidad de una guerra, pensaban en la distribución de los territorios después de la paz. Aún no se trataba de la unidad italiana. Podía dividirse la península en cuatro estados: 1.º, el Piamonte, aumentado con la Lombardía, el Véneto, el ducado de Parma y las Legaciones; 2.º, la Toscana, que formaría con la Umbría un reino de la Italia central, quizás confiado á la casa de Parma; 3.º, el Estado pontificio, en el que el Papa conservaría á Roma, perdería las Legaciones y tomaría el título de Presidente de la Confederación italiana; 4.º, el reino de las dos Sicilias, que por el momento se dejaría á su soberano para no indisponerse con Rusia.

¿Y cuál sería la recompensa de Francia por el auxilio de sus armas? El emperador pidió la cesión de Saboya á cambio de las adquisiciones estipuladas para el Piamonte. Cavour no hizo objeción terminante, aunque recordó que Saboya era la ama de la familia de su señor. Mas como el emperador añadiese que también tendría que reclamar el condado de Niza, su interlocutor exclamó: «Niza es una tierra italiana; si la cedemos, ¿dónde irá á parar el principio de las nacionalidades?» Napoleón III se limitó á responder: «Esas son cuestiones secundarias de las que podremos ocuparnos más adelante,» y cesó la conversación, que había durado desde las once de la mañana hasta las tres de la tarde.

Una hora después el emperador hacía subir al conde Cavour á un faetón que él mismo guiaba y le paseaba por las cañadas y los bosques de los Vosgos. Durante aquel paseo le expresó su deseo de que su primo el príncipe Napoleón se casara con la princesa Clotilde, hija del rey Víctor Manuel. Cavour, á quien el rey había recomendado que no prometiese nada sino en el caso de que el casamiento fuese la condición *sine qua non* de los tratos, pretextó la corta edad de la princesa é hizo otras objeciones, á las cuales contestó el emperador hablando de su primo: «Me ha puesto con frecuencia en compromisos y á menudo me ha enfadado; le gusta la contradicción y es de carácter levantisco; pero tiene talento, más sano juicio del que se cree y muy buen corazón.» Empezaba á anochecer y el paseo tocaba á su fin. Varias veces insistió el emperador sobre el enlace proyectado: «Comprendo, dijo, que la corta edad de la princesa exija aplazamientos; pero deseo una respuesta positiva y cuento con ella. Cuando ambos regresaron de la ciudad, se encendían los faroles de las calles. Al bajar del coche, se despidieron. El emperador estrechó la mano de Cavour: sus últimas palabras fueron estas: «Tened confianza en mí, como yo la tengo en vos.»

El ministro piamontés salió de Plombières el 22 de julio. El 24 escribió en

Baden, en la mesa de una posada, su informe á su soberano, y lo hizo llevar á toda prisa por un agregado á la legación sarda en Suiza. Dícese que Víctor Manuel exclamó al leerlo: «Dentro de un año seré rey de Italia ó simplemente señor de Saboya.»

El conde de Cavour continuó algunos días sus peregrinaciones de viajero, y no estuvo de vuelta en Turín hasta el 30 de julio. El príncipe de La Tour d'Auvergne, ministro de Francia en Cerdeña, escribía al conde Walewski el 15 de agosto: «Los comentarios, en su mayor parte inverosímiles, á que ha dado margen al viaje de M. de Cavour á Plombières han cedido el puesto á impresiones más cuerdas y más verdaderas sin duda. Hoy todo el mundo está persuadido, y el mismo M. de Cavour confirma esta opinión en las conversaciones íntimas, de que el emperador ha aconsejado vivamente al primer ministro del rey Víctor Manuel que tenga prudencia y moderación, y añadiré que se confía en que estos consejos, salidos de una boca augusta, darán sus resultados. Sin embargo, M. de Cavour se muestra sumamente satisfecho y agradecido á la acogida que ha merecido de S. M. en Plombières. Acerca de este punto me ha dado minuciosos detalles que prueban la impresión viva y favorable que conserva de la benevolencia con que se le ha tratado. Creo saber que el rey Víctor Manuel tampoco disimula el contento que le ha causado la carta de S. M. el emperador.»

Este despacho parece probar que el mismo ministro de Francia en Turín ignoraba lo que había pasado en la pequeña población de los Vosgos.

Detalle característico: el *Moniteur*, por lo general lleno de relatos de los dichos y hechos del emperador, no habló de él durante el mes que pasó en Plombières, y ni siquiera hizo mención de la visita del conde de Cavour. Napoleón III, en ocasión de esta visita, tenía trazas de conspirador más bien que de monarca. Separado de su esposa, había preparado en la sombra su belicoso complot. Tuvo cuidado de concentrar la atención pública, no en la entrevista de Plombières, sino en la que iba á tener con la reina Victoria en Cherburgo. Sabiendo muy bien que la reina y el príncipe Alberto distaban mucho de ser favorables á sus proyectos de guerra y de modificaciones territoriales en Italia, procuraba disimularlos. Por otra parte, en el momento en que se preparaba á recibir los entusiastas testimonios de afecto de la religiosa Bretaña y de su clero, se guardaba mucho de dar á conocer á semejante provincia su reciente entrevista con Cavour, el autor de la ley sobre conventos, el adversario del poder temporal de los papas, el hombre de Estado más sospechoso para el partido católico. Napoleón III quería presentarse en Bretaña bajo un aspecto esencialmente religioso y conservador.

## XXVII

## LA ENTREVISTA DE CHERBURGO. — LA ESTATUA DE NAPOLEÓN

El conde Walewski, ministro de Negocios extranjeros, escribió el 10 de julio de 1858 al mariscal Pelissier, duque de Malakoff, embajador de Francia en Londres: «El emperador y la emperatriz irán el 4 del mes próximo á Cherburgo, y creo inútil deciros cuánto se felicitan SS. MM. de saber que allí recibirán la visita de la reina y del príncipe consorte. Renunciarán con mucho gusto á cualquier otra atención para dedicar enteramente todo el día 5 á sus ilustres huéspedes, y aprovecharán esta ocasión con la satisfacción más sincera para renovarles personalmente la expresión de sus sentimientos. El gobierno del emperador, señor mariscal, participará de esta satisfacción de SS. MM., porque ve en la presencia de S. M. Británica y del príncipe consorte una nueva prenda de la amistad de las dos cortes y de los dos países, y no dudamos de que este suceso produzca, lo mismo en Francia que en Europa, la impresión más favorable.»

El mariscal respondió el 11 de julio: «No cabe duda de que la reina se alegrará de volver á ver al emperador y á la emperatriz y de recibir la confirmación de que SS. MM. renuncian con solicitud á todo otro cuidado para dedicar enteramente el día 5 de agosto á sus ilustres huéspedes. Desde el 5 de julio sabía yo en Alderscholt lo que con algún retraso me anuncia vuestro despacho del 10. La reina me había dispensado el honor de decirme que había alcanzado una buena y pacífica victoria, al oír lo cual me incliné respetuosamente diciendo: «Victoria fácil, puesto que la alta benevolencia de V. M. había allanado todos los inconvenientes.»

»En un despacho telegráfico expedido en Plombières á las 9 y 45' noche del 7 de julio, el emperador me preguntaba: — ¿Estará la reina en Cherburgo el 5 de agosto? Contestación pronto. — Yo le contesté sin tardanza: — La reina me ha dicho positivamente que llegaría el 4 por la noche y pasaría el día 5 con V. M. — Y el 7 de julio S. M. volvía á telegrafiarne: — Me alegraré mucho de volver á ver á la reina. Estaremos en Cherburgo el 4, á las cinco de la tarde.

»Convendrá V. E. conmigo en que ante esta serie de informes no ha podido menos de parecerme algo tardío vuestro despacho del 10.»

El miércoles 4 de agosto de 1858, el yate real *Victoria and Albert* sale de Osborne llevando á bordo á la reina, al príncipe Alberto y al príncipe de Gales. A unas seis millas de Cherburgo se reúne con los barcos que formarán la impo-